

RECENSIONES

Pierre GUICHARD: *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Granada, Universidad de Granada, 1998, 616 pp. Edición facsímil. Estudio preliminar por Antonio Malpica Cuello. Incluye fuentes árabes, bibliografía e índice de documentos.

La situación de los estudios relativos a al-Andalus hasta los años setenta del siglo XX se reducía, prácticamente, a la esfera de la historia política, con algunas aportaciones de interés sobre aspectos de la cultura material y de la composición y funcionamiento de las ciudades, procedentes, sobre todo, del campo de la arqueología. De la organización social, de las formas de ocupación del territorio o de los sistemas productivos poco o nada se sabía. Ni siquiera se habían planteado todavía, seguramente por falta de un marco conceptual adecuado, las hipótesis de trabajo necesarias que hicieran posible una investigación con esos objetivos. Para avanzar

desde ese nivel de conocimientos se hacía necesario un esfuerzo innovador, tanto en el aspecto metodológico como en la ampliación de las fuentes históricas tradicionalmente empleadas. Y se había de romper con la inercia del arabismo académico, limitado, salvo contadas excepciones, a los estudios filológicos y vagamente culturales, que se mostraba incapaz de superar ancestrales prejuicios ideológicos y algunos dogmas repetidos de forma acrítica por la mayoría de los autores.

El trabajo de Pierre Guichard, publicado en 1969, sobre el poblamiento de la región valenciana durante los dos primeros siglos de la dominación musulmana, debe

considerarse como el punto de inicio de un proceso renovador en la investigación sobre la historia andalusí. Siete años después, el libro que comento, editado también en 1977 en Francia, con algunas modificaciones, vino a confirmar la solidez de aquellas expectativas. Guichard fue el primero en situar como objeto central de su investigación el problema de la organización social de al-Andalus, partiendo de la ruptura que significó la conquista musulmana de la Península. Frente a la tesis continuista de C. Sánchez-Albornoz, según la cual «lo árabe, cultural y vital hubo de ser insignificante durante décadas y décadas, en una España de raza, de vida y de cultura occidentales», Guichard señala que «tras un largo período de oposición, o incluso de hostilidad declarada entre ambos grupos, es finalmente el elemento foráneo el que tiende a predominar y el elemento indígena el que resulta socialmente asimilado o bien reprimido». El aparato conceptual que sustenta el trabajo de P. Guichard está considerablemente influido por la noción de estructura de C. Lévi-Strauss. Pero lejos de elaborar un modelo estructural ahistórico en el que se ignoran las transformaciones debidas a la propia dinámica social y a los factores externos, Guichard se esfuerza en situar históricamente sus análisis y descripciones etnológicas, considerando el juego dialéctico de los elementos que transforman las estructuras.

La hipótesis de trabajo fundamental de Guichard es que la larga presencia de grupos étnicos diferenciados en la Península tuvo como consecuencia que conservaran, por lo menos hasta el siglo x y probablemente después, determinadas estructuras sociales y, en particular, aspectos de su organización social en clanes y tribus. La primera parte del libro la dedica el autor al estudio de las estructuras sociales elementales, con especial atención a la situación de la mujer andalusí como componente esencial del funcionamiento de las prácticas endogámicas, del agnatismo y la segmentariedad que caracterizan a las sociedades tribales y clánicas. P. Guichard señala que hay suficientes indicios en las crónicas y en la literatura como para aceptar que el matrimonio endogámico fue un hecho habitual en las familias de origen oriental establecidas en la Península.

La segunda parte de su libro, en la que se ocupa de los grupos étnicos árabes y bereberes asentados en al-Andalus, es la que inspiró de forma más directa otros trabajos sobre el pasado islámico llevados a cabo por distintos autores. A lo largo de las más de trescientas páginas dedicadas a las tribus y los clanes andalusíes, el autor hace una primera y firme aproximación a la lógica de funcionamiento que se encontraba en la base de aquella sociedad. Para ello, además de someter a las fuentes a una nueva lectura y análisis crítico,

hubo de incorporar otras distintas y complementarias que sirvieran para hacer más inteligible aquella estructura social. Ante la escasez y las dificultades intrínsecas de los textos árabes disponibles, sesgados por la óptica urbana y, en consecuencia, poco aptos para examinar la esfera rural de la historia andalusí, Guichard se pregunta si existen otros medios de investigación apropiados, para concluir que la toponimia podría ser el complemento necesario de las fuentes escritas. También contempla la necesidad de recurrir a las relaciones entre la etnología actual y la historia del poblamiento, la etnografía histórica, la lingüística y la arqueología.

La investigación de Pierre Guichard, al tiempo que ofrecía nuevas alternativas, dirigidas a aspectos nucleares de la historia de al-Andalus, como lo son los campesinos y su entidad social, aportaba ya algunas conclusiones que han sido esenciales para plantear trabajos posteriores. En primer lugar, al situar a al-Andalus en el conjunto de las tierras islámicas —y no como un caso excepcional— por el hecho de participar de las características más profundas de sus estructuras sociales y culturales, lo que venía a contradecir radicalmente los presupuestos defendidos por la historiografía más tradicional. En segundo lugar, al ponderar adecuadamente el número y la importancia de los contingentes árabes y bereberes estable-

cidos en la Península a partir del siglo VIII, así como su vitalidad demográfica y la capacidad de asimilación de los grupos sociales indígenas. En tercer lugar, al señalar el mayor peso de los asentamientos bereberes en relación con los menos numerosos de origen oriental, siendo estos grupos bereberes los que extenderían y conservarían durante más tiempo el sistema tribal y clánico en la Península y, particularmente, en la zona levantina de ésta o *sharq al-Andalus*.

Finalmente, argumentando que esta organización social, basada en la familia política, no era la más favorable para facilitar el desarrollo de relaciones de producción feudales, fundamentadas en un mayor grado de privatización de la tierra y un mayor dominio sobre los hombres. Pierre Guichard, con su trabajo riguroso e innovador tanto en la elección del objeto central de su investigación como en la metodología y en las fuentes empleadas, es el máximo representante del cambio profundo, del giro copernicano, que está permitiendo devolver a al-Andalus su entidad histórico-evolutiva, en un plano de igualdad con otras sociedades que la antecedieron o que la sucedieron en su existencia sobre el territorio peninsular e insular español.

Ángel POVEDA SÁNCHEZ
Universidad de Alicante

Emilio LA PARRA LÓPEZ: *Manuel Godoy. La aventura del poder*. «Tiempo de Memoria», Madrid, Tusquets editores, 2002, 582 pp. (incluye índice onomástico y una extensa bibliografía).

De tanto en tanto la producción historiográfica española, felizmente fértil desde hace ya muchos años, nos regala estudios que descuellan sobremanera sobre lo que no deja de ser un auténtico torrente de aportaciones novedosas. Entre esos estudios cabe considerar el de Emilio La Parra sobre la figura, siempre controvertida, de Manuel Godoy. Me apresuro a indicar que el libro *Manuel Godoy. La aventura del poder*, publicado por la editorial Tusquets dentro de su serie «Tiempo de Memoria», constituye una aportación decisiva al estudio del complejo y convulso reinado de Carlos IV y, por supuesto, a la trayectoria vital y política de quien encarnó a la perfección el papel de «favorito» y disfrutó a raudales de eso que se denomina poder. También debo decir que estamos ante una obra de alta investigación, densa, erudita, enormemente reflexiva, minuciosa y objetiva, desprovista del encantamiento que el biografiado suele ejercer sobre el biógrafo y, probablemente, definitiva, tal y como afirma categóricamente en el comienzo del prólogo el profesor Carlos Seco, uno de los mejores conocedores de Godoy e iniciador, allá por los años cincuenta del siglo

pasado, de una corriente revisionista que perseguía fijar con precisión el papel desempeñado por aquél en una etapa ciertamente complicada de la historia de España.

El fulgurante ascenso al poder de Manuel Godoy desde su modesta posición de hidalgo extremeño, así como el ejercicio del mismo merced al tratamiento especial que le dispensaron los monarcas españoles, han sido objeto de cuidada atención y análisis, no exentos en ocasiones de un maniqueísmo exacerbado, desde los mismos momentos en que irrumpió en el escenario político español tras abandonar su Badajoz natal y desarrollar una fulgurante carrera en el selecto cuerpo de los guardias de corps. Sus contemporáneos, sobre todo los privilegiados, contemplaron su llegada al poder, que practicaría de manera omnímoda, con envidia, desdén y rabia mal disimulados, atacándole por el flanco que consideraban más débil: su particular relación con Carlos IV y en especial con su esposa María Luisa de Parma. Porque, no olvidemos, su encumbramiento a la máxima cota del poder se produjo al margen de las maniobras de los grupos de presión instalados en la Corte y, por ello, careció de significación política.

El profesor Domínguez Ortiz ya calificó en su momento este hecho como uno de esos elementos irracionales e imprevisibles con que siempre se debe contar en la historia, y obligaría a Godoy a desempeñar un muy difícil papel que, en acertado símil actual, Seco Serrano calificó de «centrista» y a mantenerse a prudente distancia de los sectores más conservadores pero también de los más reformistas al objeto de poder desempeñar la función coordinadora que, pese a corresponder a la corona, los monarcas hicieron recaer sobre sus espaldas al considerarlo como una «hechura suya».

Historiadores decimonónicos y de la primera mitad del siglo pasado abundaron en esta cuestión de la peculiar relación mantenida por Godoy con la pareja real, soslayando de manera interesada la significación de su acción política inserta en años clave y difíciles del reinado de Carlos IV. Historiadores actuales, desprendidos de prejuicios y pertrechados de un considerable bagaje documental y crítico, están poniendo las cosas en su lugar no sólo para bien del Príncipe de la Paz, sino para el de la historia en su máxima expresión. Entre estos últimos se encuentra incluido, de pleno derecho, Emilio La Parra. Seguidor de la estela iniciada por Carlos Seco Serrano hace ya la friolera de casi cincuenta años, el profesor La Parra había venido dedicando especial

cuidado a Godoy en diferentes trabajos publicados hasta la fecha en los que su figura era objeto de un tratamiento riguroso basado en la reflexión y relectura de muchas obras sobre el «favorito», pero, sobre todo, en el análisis de fuentes documentales de primera mano inéditas. Esa atención anunciaba que, tarde o temprano, estaría en disposición de ofrecer una biografía de Manuel Godoy tal y como merecía una figura histórica de tan gran significación. Y a fuer que lo ha conseguido. Porque el libro objeto de este comentario cumple a la perfección los requisitos exigibles a ese complicado género que es la biografía; máxime si se trata de un personaje tan relevante y controvertido.

Estructurado en siete capítulos razonablemente compensados y escrito en una prosa pulcra y grata a la lectura, el amplísimo estudio de Emilio La Parra (cerca de seiscientas páginas) analiza de manera exhaustiva la densa trayectoria vital de quien disfrutó del poder, en el sentido más amplio del término, desde su encumbramiento a la Secretaría de Estado en 1792 hasta que el motín de Aranjuez provocara su caída en marzo de 1808 y arrasara en una vorágine incontrolada a la propia monarquía hispánica. La localización y tratamiento de las fuentes documentales, procedentes de archivos nacionales y extranjeros (franceses e italianos en este caso,

consecuencia del exilio que hubo de padecer) ha permitido alumbrar no pocas de las tinieblas existentes en múltiples pasajes de la vida de Godoy, resueltos hasta la fecha con un exceso de tópicos o invocando a una rancia historiografía. Emilio La Parra dedica, por ejemplo, un amplio capítulo, pórtico del estudio, a la contextualización del hidalgo extremeño en el tiempo que le tocó vivir, primero en su patria chica y, más tarde, en la Corte de la monarquía de Carlos IV que, no olvidemos, estuvo condicionada desde el inicio de su reinado por la explosión revolucionaria francesa y por las difíciles relaciones con Inglaterra. El desencadenamiento de conflictos bélicos con ambas potencias haría resentirse hasta extremos dramáticos a la maltrecha hacienda real, que, carente de las necesarias reformas que la condujeran hacia la modernidad, se reveló incapaz de hacer frente tanto al déficit permanente como a las necesidades eventuales.

Mucho han discutido los historiadores acerca de la existencia o no de un «programa» de gobierno por parte de Godoy y de su pretendida posición reformista. Emilio La Parra zanja la cuestión acertadamente, tras analizar de manera exhaustiva su paso por la Secretaría de Estado y dar cuenta de las realizaciones llevadas a cabo bajo sus auspicios. No cabe duda de que, pese a la difícil

posición en que se hallaba, derivada de la asunción de una inevitable equidistancia entre los sectores más conservadores y más reformistas del país, sacó adelante un programa de signo ilustrado que, al margen de reconocidas realizaciones de orden cultural, persiguió el objetivo de erosionar las rígidas estructuras vigentes en lo que a propiedad agraria y organización del trabajo en la industria y artesanía se refiere.

Y eso que su deseo de asegurar la pervivencia de la institución monárquica y de mantener la integridad territorial española le obligarían a ser en extremo cauto en lo que a esas reformas en política interior se refiere y a comportarse de manera paradójica en no pocas ocasiones. Y es que los problemas de política internacional con los que se topó no fueron nimios. La guerra contra la Francia revolucionaria sería uno de ellos. Pero además hubo de pechar con el mantenimiento, difícilmente comprensible en la Europa del momento, de los pactos de familia heredados de sus predecesores que derivaría en una alianza entre una monarquía tan tradicional como la española y una república regicida de un Borbón. Los ya aludidos conflictos bélicos con Inglaterra, constante sangría para las arcas reales, no serían un problema menor y le acarrearían una creciente impopularidad. Pero, con todo, el mayor de ellos se dibujó

pronto en el horizonte tras el golpe de Estado del 18 de Brumario al emerger pletórico Napoleón. Aún habría que añadir otro, de índole más personal, que el profesor La Parra no oculta; antes bien no duda en plantearlo con toda su crudeza y sin limar ni una sola aspereza, y que se vincula estrechamente con la manera en que Godoy se encumbró al poder, inusual hasta esas fechas en la monarquía hispánica. Se trata de la capacidad mostrada por éste para atesorar sin empacho honores y prebendas en un claro deseo de lograr equipararse a los Grandes del país; aquellos que, precisamente, más odio le mostraban y más intrigas tejían en torno suyo no dudando, incluso, en utilizar al Príncipe de Asturias para alcanzar sus fines. Y junto a este asunto, la agitada vida sentimental del favorito también halla su puntual explicación alejada, con conocimiento de causa, del reduccionismo al que la había sometido la historiografía más tradicional pero sin ocultar la realidad de una boda interesada con María Teresa de Borbón y Vallabriga o la pasión despertada por quien, en última instancia, sería su gran amor: Josefa Tudó. Las páginas dedicadas a estas cuestiones son, sin duda, brillantes y clarificadoras; como igualmente lo son los capítulos en los que se pone de relieve la creciente dependencia del «dueño de Europa» que, a la postre, conducirían a la monarquía

de Carlos IV a un callejón sin salida, a Godoy a la derrota política frente a sus enemigos y, como triste corolario, a ambos y a sus familias a un exilio siempre ingrato. Son estos capítulos finales, en los que Emilio La Parra acredita un singular dominio de la compleja coyuntura internacional del momento, especialmente interesantes por el caudal de información, en buena medida procedente de archivos franceses, que aportan y que permiten, entre otras cosas, sentir el palpito del exilio y las dificultades de todo tipo que deparó.

Algunas reflexiones críticas que recientemente he leído acerca del libro de Emilio La Parra apuntan que éste ha cumplido el proceso de reivindicación, desprovisto de toda pretensión hagiográfica, de la figura y acción política de Godoy. Otras manifiestan que esta biografía derriba el mito odioso que sobre el favorito se había edificado, aunque sin hurtar al lector los aspectos más negativos que encierra el personaje, consiguiendo, de este modo, que la imagen del aborrecido ministro adquiriera el color y el brillo que, en justicia, le pertenece en el lienzo de la historia de España. Personalmente considero que nos encontramos ante una obra madura, producto del extraordinario conocimiento que el autor tiene del personaje y de la época, y que la convierte, a partir de ahora, en referente inexcusable

y en objeto de consulta imprescindible para todo aquel que quiera aproximarse con las máximas garantías a la personalidad de Manuel Godoy y a la realidad de la España

de las postrimerías del Antiguo Régimen.

Armando ALBEROLA ROMÁ
Universidad de Alicante

José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN (ed.): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002, 734 pp. Incluye un apéndice estadístico sobre los salarios agrícolas en España desde 1700 a 1936 y una amplia bibliografía.

Un buen ejemplo de los progresos que la historiografía española ha experimentado en los últimos años lo constituye la obra *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, editada por Martínez Carrión y publicada por la Universidad de Alicante. El editor ha reunido doce trabajos que afrontan el estudio del bienestar y la calidad de vida en España desde comienzos del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. Pese a su relevancia, la historiografía española no ha prestado un excesivo interés por este tema hasta fechas más bien tardías, a diferencia de las historiografías de otros países, especialmente la anglosajona, en las que el estudio del nivel de vida ha generado uno de los debates más prolongados en el terreno de las ciencias sociales. Las influencias que la historia económica ha recibido desde disciplinas como la economía del desarrollo o la economía del bienestar a través

de la historia antropométrica y la moderna demografía histórica han resultado, sin duda, decisivas para mejorar nuestro conocimiento sobre la evolución de las condiciones de vida en el largo plazo.

Entre las novedades que presenta este libro hay que destacar dos de ellas. En primer lugar, tiene la virtud de analizar el tema de los niveles de vida en los ámbitos rurales, marginando a las zonas industrializadas y urbanizadas que han constituido, hasta ahora, los escenarios habituales de investigación; y en segundo lugar, adopta una perspectiva múltiple desde la cual abordar el problema, de tal forma, que no sólo se examinan los indicadores económicos, como la renta, los ingresos, los salarios reales o el consumo, sino también otros indicadores alternativos que permiten medir la evolución de la calidad de vida desde la óptica que proporcionan

los estudios sobre la estatura física, la mortalidad infantil y juvenil, o el trabajo y el acceso a la cultura de los más jóvenes en la España rural.

El origen de este libro hay que buscarlo en la sesión dedicada a «Los condicionantes de los niveles de vida del campesinado» en el VIII Congreso de Historia Agraria (Salamanca) a finales de mayo de 1997 y en los artículos que Torras («Los condicionantes del nivel de vida del campesinado en el Antiguo Régimen») y Martínez Carrión («Los niveles de vida del campesinado en la España contemporánea. Algunas reflexiones») publicaron en el número 14 (1997) de la revista *El Noticiario de Historia Agraria*, en los cuales sintetizan de forma crítica las comunicaciones presentadas a dicha sesión.

El texto se organiza en torno a una introducción y a once capítulos agrupados en cuatro epígrafes según sus afinidades metodológicas, más un apéndice estadístico donde se incluyen diversas series sobre salarios agrícolas en España desde 1700 a 1936. En el capítulo introductorio, «El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX. Nuevos enfoques, nuevos resultados», su autor, José Miguel Martínez Carrión, hace un notable esfuerzo por analizar las implicaciones que para el estudio del nivel de vida y del bienestar se deducen de los avances producidos por las investigaciones de historia

agraria en los últimos años, y que han llevado a cuestionar la tesis del estancamiento, ganando terreno los argumentos que presentan a la agricultura española como un sector que consiguió ser dinámico y eficiente, a la hora de asignar sus recursos, antes de acabar el siglo XIX. En este nuevo contexto, la medición del nivel de vida de la población agraria española en el largo plazo tiene que convertirse en un tema central. Y es en este terreno en el que este libro supone un indudable paso adelante.

Para cumplir sus objetivos los contenidos se estructuran en cuatro partes: la primera, «Salarios y coste de la vida», la forman los trabajos de Javier Moreno Lázaro «¿Fomentó el capitalismo agrario la desigualdad? Salarios niveles de vida en Castilla la Vieja, 1751-1861», de Ramón Garrabou y Enric Tello, «Salario como coste, salario como ingreso: el precio de los jornales agrícolas en la Cataluña contemporánea, 1727-1930», de José Miguel Lana Berasaín, «Jornales, salarios, ingresos. Aproximación a la evolución de los niveles de vida desde la Navarra rural, 1801-1935», y de Ángel Pascual Martínez Soto, «Salarios, sindicalismo y procesos de negociación en el área vitivinícola del sureste español, 1890-1936». La segunda parte, «Consumo y reproducción», la componen los estudios de Rafael Domínguez Martín, «Autoconsumo, mercantilización y niveles de vida

campesinos en la España atlántica, 1750-1930: algunas hipótesis a contracorriente», y de Josep Colomé, Enric Saguer y Enric Vicedo, «Las condiciones de reproducción económica de las unidades familiares campesinas en Cataluña a mediados del siglo XIX». En la tercera parte, «Salud y estatura», se incluyen los resultados de las investigaciones de Alberto Sanz Gimeno y Diego Ramiro Fariñas, «Infancia, mortalidad y niveles de vida en la España interior. Siglos XIX y XX», de José Miguel Martínez Carrión y Juan José Pérez Castejón, «Creciendo con desigualdad. Niveles de vida biológicos en la España rural mediterránea desde 1840», y de Gloria Quiroga Valle, «Estatura y condiciones de vida en el mundo rural español, 1893-1954». Y en la cuarta, se reúnen los trabajos de José María Borrás Llop, «El trabajo infantil en el mundo rural español, 1849-1936. Género, edades y ocupaciones», y de Carmen Sarasúa García, «El acceso de niños y niñas a los recursos educativos en la España rural del siglo XIX», bajo el título común de «Trabajo y educación infantil».

Tres elementos muestran la diversidad de los trabajos reunidos en este libro. Por un lado, la variedad de enfoques metodológicos empleados que van desde los centrados en cuantificar el progreso material hasta los interesados por examinar los indicadores antropo-

métricos, demográficos o culturales; por otro, el empleo de fuentes tan heterogéneas como las contabilidades privadas y las hojas de filiación de reclutas, o los registros parroquiales y el diccionario de Madoz; o la distinta escala espacial a la que se aplican las dos características anteriores, y que se mueven desde el análisis comarcal hasta la utilización de muestreos representativos para todo el territorio nacional. Estas nuevas perspectivas son también las que explican la obtención de nuevos resultados. De las conclusiones que se pueden extraer de sus páginas, una sintetiza las aportaciones realizadas por estas investigaciones, y no es otra que la constatación de que coincidiendo con el despegue de la economía española a partir de mediados del siglo se produce un «deterioro del nivel de vida en las décadas centrales del siglo XIX, sobre todo entre 1840 y 1870», como lo avalan la caída de los salarios reales, la reducción del consumo y de la estatura media, el incremento de la mortalidad infantil y juvenil, la intensificación del trabajo infantil o el aumento de la desigual en el acceso a la educación en la España agraria, al tiempo que estos trabajos coinciden en señalar el primer tercio del siglo XX como un período de avances espectaculares en los niveles de bienestar de las poblaciones agrarias. El libro finaliza con un interesante apéndice

estadístico en el que se recopilan datos sobre salarios agrícolas, especialmente masculinos, desde 1700 hasta 1936 proporcionados por las contabilidades privadas de fincas repartidas por ocho provincias españolas. No obstante, se echan en falta algunas series construidas a partir de fuentes privadas, así como una referencia más explícita a la información contenida en distintas fuentes oficiales y semioficiales, y en las cuales se desglosan, en algunos casos con mucho detalle, los jornales medios percibidos por los trabajadores agrícolas en numerosas provincias para diferentes años del siglo XIX.

Con la publicación de *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX* la historiografía española preocupada por los temas económicos y agrarios dispone de una referencia obligada a la hora de estudiar el bienestar y las condiciones de vida de la población agraria en el largo plazo. Con seguridad, el conjunto de las contribuciones presentadas en este libro servirán para provocar nuevas investigaciones y la discusión sobre este tema, al tiempo que posibilitarán las comparaciones con los estudios realizados en otros países.

Miguel Ángel BRINGAS GUTIÉRREZ
Universidad de Cantabria

Rafael DOMÍNGUEZ MARTÍN: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, 403 pp., contiene apéndices y bibliografía.

La historia económica siempre se ha interesado en describir y analizar los cambios en la localización espacial de las actividades económicas. De hecho, una gran parte de la producción española en este campo se compone de estudios que toman como marco de referencia las regiones y que pretenden explicar las causas de su relativo éxito o fracaso. Unos magníficos ejemplos de este interés de la historiografía nacional lo constituyen los volúmenes edita-

dos, respectivamente, por Jordi Nadal y Albert Carreras (*Pautas regionales de la industrialización española*, Barcelona, Ariel, 1990) y Luis Germán, Enrique Llopis, Jordi Maluquer de Motes y Santiago Zapata (*Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001).

La obra de Domínguez Martín, que vamos a pasar a reseñar a renglón seguido, sigue la estela de las anteriores con el objetivo de contes-

tar al cuándo, cómo y porqué de la desigualdad económica regional en España. En concreto, el libro se divide en seis capítulos. En el primero se discute el concepto de región y la evolución de las divisiones políticas de España. A lo largo del siguiente se analiza la evolución a largo plazo de las disparidades económicas en nuestro país. El tercero presenta algunas de las explicaciones de la ciencia económica a las desigualdades económicas regionales y ofrece la respuesta del autor a dicha cuestión. Finalmente, los restantes tres capítulos presentan un estado de la cuestión sobre la dinámica histórica del crecimiento y el atraso económico regional a partir de la sucesión de estudios regionales separados por períodos cronológicos (1700-1840, 1840-1936, 1940-2000) que se corresponden con cada uno de los capítulos. La investigación finaliza con unas consideraciones finales.

Me gustaría comenzar resaltando varias virtudes de este volumen. En primer lugar, Domínguez Martín aborda un extenso, y relevante, programa de investigación que, obviamente, merece la más detallada atención por parte de nuestra comunidad científica. Cabe también resaltar su notable arrojo, más cuando parte del principio de que «la historia es demasiado compleja para ser elegante» y «ha procurado mantener un difícil equilibrio entre la

divulgación y el rigor académico». En segundo lugar, la obra está bastante bien escrita y resulta bastante accesible a un público amplio. Asimismo, el autor hace claramente explícitas sus hipótesis teóricas y sus conclusiones. Finalmente, se encuentra bien organizada aunque el espacio ocupado por el capítulo primero es quizás excesivo, dado su limitado interés y su poca relevancia para el resto del discurso. En resumen, nos encontramos delante de una investigación muy ambiciosa que pretende esclarecer, tanto a expertos como legos, un fenómeno esencial para comprender la historia económica, política y social de España como son las desigualdades regionales.

Para no extender esta reseña en exceso voy a dividir mis críticas en dos grandes apartados. Por un lado, voy a discutir los aspectos teóricos de la obra y, por otro, la evidencia que sustenta los postulados del autor. Para ello, me voy a dedicar a examinar en detalle los dos capítulos centrales del libro, que son el segundo y el tercero.

Empecemos, pues, con los aspectos teóricos de la obra, es decir, con la hipótesis de las que parte el autor. Según Domínguez Martín, las desigualdades regionales derivan, en primer lugar, de las desigualdades en la distribución de la tierra y del ingreso, porque éstas tienen impacto a largo plazo en la acumulación de

capital humano y, en segundo lugar, de las ventajas de localización naturales (geográficas) y, sobre todo, institucionales (políticas) que son decisivas para las actividades con rendimientos decrecientes. En cambio, argumenta que la dotación de recursos naturales está demasiado sujeta a los cambios en las tecnologías como para convertirse en la fuente del destino desigual de las regiones españolas. Si extendemos dichas hipótesis, regiones con una «buena» (igualitaria) distribución de la renta, una posición geográfica aceptable que facilitase las comunicaciones e instituciones políticas más eficientes, se desarrollarían más que otras. Es más, dado que esas ventajas son absolutas, inamovibles y, por tanto, con rendimientos crecientes, las regiones españolas no tenderían a converger, sino a la divergencia en el largo plazo, a menos que los poderes públicos desarrollasen políticas económicas que ayudasen al desarrollo de las regiones más desfavorecidas.

Sin embargo, la desigualdad de la distribución de la renta que, según Domínguez Martín, es la que determina la propensión a invertir en capital humano, no depende, en última instancia, de la distribución de la propiedad, sino de la abundancia relativa de los factores de producción. Un ejemplo histórico ampliamente estudiado es el caso de los Estados Unidos y Europa a

mediados del siglo XIX. Con una distribución de la propiedad de la tierra muy desigual, los norteamericanos gozaban de una distribución de la renta muy igualitaria, mientras que los europeos, con una distribución de la propiedad de la tierra más igualitaria, tenía una distribución de la renta muy desigual. La razón era que en Estados Unidos el factor escaso era el trabajo y el abundante la tierra, mientras que en Europa sucedía exactamente lo contrario. Así, el precio relativo del trabajo respecto a la tierra era mayor en los Estados Unidos y, por tanto, los asalariados obtenían más remuneración individual que en Europa. Además, también cabe añadir que la propensión marginal a invertir en capital humano (y capital físico) no sólo depende de la distribución de la renta (es decir, de la oferta), sino también de la demanda, es decir, de su coste de oportunidad. Queda, pues, por demostrar que existe un vínculo directo entre el coste de oportunidad de la inversión en capital humano y la distribución de la propiedad. Asimismo, las ventajas de localización naturales no son estáticas, sino dinámicas, y, por tanto, efímeras. Así, como ha sido ampliamente demostrado por la ciencia económica regional, dependen del coste del transporte y de la cercanía a los mercados, que obviamente varían con el tiempo. Un ejemplo: en el siglo XIX, antes de la construcción

del ferrocarril y de las autopistas, los servicios comerciales estaban más espacialmente concentrados que en la actualidad. De hecho, lo que antes era una desventaja de localización (estar situado en el extrarradio de las grandes ciudades) se ha convertido en una ventaja «natural» al disponer de mayor espacio comercial a menor precio.

Finalmente, aunque gran parte de los historiadores económicos, y los economistas, coinciden en aceptar que son las instituciones las fuentes últimas de las diferencias internacionales de renta, no les conceden la misma importancia al explicar dichas diferencias dentro de los países. Así, las diferencias institucionales son significativamente más pequeñas entre regiones dentro de un mismo país que entre diferentes países. Más concretamente, hay que señalar que todos los españoles tienen un mismo orden de valores, disfrutan de un marco legal igual o parecido (aunque el Derecho consuetudinario de la Corona de Aragón sea diferente al de la Corona de Castilla) y, al menos desde Felipe V, de un gobierno común que controla la política interior y exterior. Es más, si nos remitimos a la influencia de las instituciones en la estructura de la propiedad agraria, dentro de las regiones españolas conviven diversos tipos y tamaños de propiedad bajo un único marco legal. Así, un mismo marco legal dio

lugar a una propiedad mucho más concentrada, pongamos por caso, en el sur y el oeste de la zona interior (centro, Extremadura, y provincia de Salamanca), mientras que en el resto predominaban propiedades de menor tamaño.

¿Qué nos sugiere, en cambio, la teoría económica y los estudios para otros países como explicación de las diferencias regionales en el largo plazo? En primer lugar, que la localización no es estática, sino dinámica, en el largo plazo y que depende de la apertura de los mercados que puede ser consecuencia tanto de los cambios institucionales que eliminan las barreras al comercio como de la reducción del coste del transporte. En segundo lugar, que con la apertura de los mercados las regiones se especializan en las industrias en las que tienen ventaja comparativa (según el conocido modelo de Heckscher-Ohlin), mientras que en la producción de algunos bienes algunas localizaciones se benefician de la presencia de rendimientos crecientes y economías de escala. Asimismo, la ventaja comparativa y los rendimientos crecientes también se modifican en el largo plazo con los movimientos de los factores de producción entre las distintas regiones, la modificación de los costes de transporte y los costes de congestión. Y, finalmente, que la integración de las regiones conduce en el

largo plazo a la convergencia y no a la divergencia en niveles de renta.

Pese a toda esa serie de reticencias a sus puntos de partida teóricos, sin embargo, quizás la principal crítica que se pueda hacer al texto de Domínguez Martín es que la evidencia empírica no sustenta sus hipótesis de partida. Así, el cuadro 2 (p. 72), al contrario de lo que se esperaría de las hipótesis de las que parte el autor, muestra que las regiones españolas divergen de 1800 a 1860 y convergen a partir de entonces. De hecho, si el autor hubiese analizado más en detalle sus datos, hubiese observado que, eliminando de su muestra a Madrid, la divergencia entre 1800 y 1860 desaparece y, por tanto, la historia de España en los últimos dos siglos consiste en un largo proceso de convergencia regional sin la intervención del Estado, ya que, de hecho, hasta tiempos muy recientes no ha habido notables transferencias públicas de renta entre las regiones. Asimismo, muestra cómo el *ranking* de las regiones españolas no es estático. Por ejemplo, Cantabria, que ocupa el primer lugar en Índice Físico de Calidad de Vida en 1900 pasa a la quinta posición sesenta años más tarde, mientras que Madrid, en el mismo período, asciende desde el puesto undécimo al cuarto. Lo que tampoco cuadra demasiado bien con una situación de rendimientos crecientes, sino más bien con un contexto de

creciente movilidad de factores y alteraciones en la ventaja comparativa. Es más, dadas las condiciones de partida iniciales, alguien podría haber dudado a principios del siglo XIX que Andalucía se encontrara a finales de dicho siglo entre las regiones más ricas de España. No hace Domínguez Martín una interpretación anacrónica cuando parte de la base que el éxito de hoy deriva de una situación pretérita cuando, de hecho, las condiciones iniciales no predicen demasiado bien el futuro económico de una región.

Además, los datos en los que el autor del libro sustenta sus tesis no son del todo fiables. Así, la serie del PIB per cápita regional que utiliza, extraída de un artículo de Álvarez Llano del año 1986 en la revista *Situación*, y en la que se basan gran parte de sus conclusiones, tiene un comportamiento absolutamente errático y parece que no ha sido deflactada por ningún índice de precios. Un ejemplo: según dicha serie, la renta de Madrid en 1860 es 3,09 veces la media española y en 1900 sigue siendo 2,66 veces la de la media. En términos internacionales, si esos datos fuesen ciertos, la renta per cápita de Madrid en 1860 sería el doble de la de Gran Bretaña. También utiliza con profusión los coeficientes de correlación de rangos de Spearman, que no son la herramienta más adecuada para demostrar causalidad y que no evi-

tan el problema de las variables omitidas. Finalmente, y para no incidir más en los problemas empíricos de la obra, no parece posible alcanzar conclusiones estadísticamente satisfactorias con 17 observaciones que se corresponden con unidades de análisis de tamaños tan dispares. De hecho, el mismo Sukko Kim demuestra que para análisis basados en modelos de rendimientos crecientes se deben utilizar unidades de análisis más pequeñas (como las provincias o los partidos judiciales), mientras que para el análisis del modelo de ventaja comparativa son más eficientes las unidades suprarregionales.

En resumen, nos encontramos delante de una loable investigación en la que, sin duda, el esfuerzo no compensa los resultados. Quizás con mejores datos, una lectura diferente de los últimos logros de la nueva geografía económica y un instrumental analítico más sofisticado se podrían haber obtenido resultados más robustos que compensasen la ardua y arriesgada tarea que ha acometido el autor.

Joan R. ROSÉS
Universidad Carlos III
de Madrid

Antonio Miguel BERNAL y Antonio PAREJO BARRANCO: *La España liberal (1868-1913)*. Economía, Madrid, Síntesis, 2001, 303 pp.

Dentro de la colección «Historia de España, 3.^{er} milenio», de la editorial Síntesis, aparece este volumen de los profesores Bernal y Parejo dedicado, precisamente, a la España liberal, completando así, en lo que al siglo XIX se refiere, un trabajo de la misma serie publicado por Candelaria Saiz Pastor y Javier Vidal Olivares. Siguiendo, pues, con esa labor de síntesis iniciada hace unos años por Gabriel Tortella, y dada la abundante bibliografía que la historia económica española está generando estas últimas décadas, estos

dos libros resultan ciertamente imprescindibles tanto para el aficionado como para el investigador. Ambos tienen la virtud de ponernos al día de las obras más destacadas aparecidas sobre esa etapa cronológica y de cuáles son los debates historiográficos más candentes actualmente sobre los más diversos temas de nuestra historia económica. De ahí que la primera virtud que debe ser señalada de esta obra que presentamos es su carácter compilatorio, tan útil para el lector, sobre todo si tenemos en cuenta la especial

relevancia que para la historia de España tuvo el período aquí estudiado. En efecto, entre 1868 y 1913 tuvo lugar, en el plano político, la consolidación y desarrollo del liberalismo y del parlamentarismo. Pero qué duda cabe que este triunfo liberal influyó, pues no podía ser de otra manera, en la propia vida económica del país. Como se sabe, el programa económico de los liberales difería bastante del imperante en la etapa anterior. Al fin y al cabo, los liberales españoles pugnaron por resquebrajar los pilares del Antiguo Régimen desde comienzos del siglo XIX.

En efecto, a lo largo de las primeras décadas de esa centuria se fueron sentando las bases para la liberalización de la economía española. Como nos recuerdan los autores en el primer capítulo, existió una serie de factores institucionales que permitieron la instauración de un régimen liberal. Las leyes desamortizadoras de Mendizábal primero y de Madoz después, la desamortización del subsuelo y la despatrimonialización del agua, así como las disposiciones liberalizadoras aplicadas a los factores capital y trabajo fueron medidas encaminadas todas ellas a la consecución de dicho objetivo, aunque, evidentemente, los resultados no siempre fueron los esperados, tal como ocurrió con la Hacienda, por ejemplo. Además, no hay que olvidar, por otro lado, los propios obstáculos a la moderniza-

ción existentes en la España de la época. Al menos, así lo ponen de manifiesto Bernal y Parejo (capítulo 2) al hablar de la pobreza de sus recursos físicos o de su escasa dotación demográfica. Otro tanto se podría decir del agotamiento de la reforma fiscal llevada a cabo en 1845 por Mon y Santillán, el cual supuso un estrangulamiento de la Hacienda, o del atraso agrario español de mediados del siglo XIX, con las consiguientes repercusiones negativas en el resto de los sectores económicos. Sin duda, a ello habría que añadir, aunque los autores no han insistido demasiado, las deficiencias del sistema educativo, el alto grado de analfabetismo y las limitaciones de la enseñanza técnica existentes entonces en España.

En este contexto de deseos de modernización y de frenos a la misma, la española se fue integrando en la economía internacional, aumentando sus intercambios con Gran Bretaña y Francia, en primer lugar, y con Estados Unidos, Alemania o Argentina, posteriormente (capítulo 3), dando como resultado una clara dependencia exterior de la economía española en su proceso de modernización. Como en otros países europeos, también España se vio afectada por la crisis agraria de finales del siglo XIX, aunque, al parecer, aquella fue más breve y menos intensa, lo que no fue óbice para que se tuviera que importar grano

de allende los mares. Para Bernal y Parejo, la mayor rémora de la economía española de estas décadas estuvo en la primacía de una economía campesina caracterizada por unas minúsculas parcelas, cuya reducida dimensión terminó siendo el principal obstáculo para asumir los costes de una innovación tecnológica a todas luces necesaria. Ahora bien, aun siendo ésta la tónica general, hay que decir que sí hubo modernización en determinados productos (aceite de oliva, cítricos o pasas, por ejemplo), los cuales se dirigieron fundamentalmente hacia la exportación. Esta orientación hacia el comercio exterior favoreció la integración de España en la economía internacional, como sucedió igualmente con las expediciones de minerales. El papel de la minería como factor de integración exterior de la economía española durante la segunda mitad del siglo XIX resulta innegable y decisiva, aunque, como ya señalara Nadal hace unos años, aquélla se convirtió en un sector muy colonizado, lo mismo que sucediera con el comercio exportador.

No obstante, esta cada vez mayor participación de España en los intercambios internacionales abrió, como en el resto de países, el debate entre el proteccionismo y el liberalismo. Así, al arancel librecambista de 1869 le sucedió un progresivo proteccionismo, cada vez más tangible, en tiempos de la Restauración. Los

aranceles de 1891 y 1906 fueron la expresión más diáfana de lo que decimos. De hecho, en la misma línea de Leandro Prados, ambos autores sostienen que el crecimiento económico y la industrialización del país fueron comprometidos por unas medidas excesivamente proteccionistas. Tanto la agricultura como la industria nacionales quedaron blindadas frente a la competencia exterior, lo que, sin duda, frenó su modernización, su innovación tecnológica.

En este sentido, no debemos olvidar que el período estudiado por estos autores coincidió con el paso de la primera a la segunda revolución tecnológica (capítulo 4), siendo la trayectoria de España durante esta fase más parecida a la que estaban siguiendo las primeras naciones que se industrializaron que a la de los grupos de los *second* o los *later comers*, a los que España pertenecería por afinidad territorial o cronológica. Mientras estos últimos avanzaron en la transformación de sus estructuras productivas y modificaron a la baja el cociente entre industrias de bienes de consumo y de inversión, España siguió aproximadamente en el mismo lugar hasta la segunda década del siglo XX. Se produjeron, pues, escasos cambios en la distribución del producto (ligero incremento de la participación energética), siendo las tasas de crecimiento más bien moderadas (sólo

algo superiores al 2 por 100). Por lo tanto, continuaron predominando las industrias relacionadas con las necesidades del cuerpo humano, es decir, vestirse, calzarse y comer. De ahí la gran importancia que durante estas décadas siguieran teniendo las industrias de algodón, de lana y de bienes de consumo relacionadas con el sector primario, aunque se detecta, es cierto, un incremento de la actividad minera y de la producción de las industrias intermedias (siderurgia, por ejemplo).

En definitiva, y a la luz de los datos ofrecidos en este trabajo, Bernal y Parejo entienden que la modernización española resultaba claramente incompleta en vísperas de la Primera Guerra Mundial. En opinión de estos dos historiadores, factores estructurales y coyunturales, internos y externos, confluyeron para ralentizar las expectativas abiertas en las décadas centrales del siglo XIX. El ciclo económico fue entonces claramente expansivo y alcanzó a todas las actividades económicas. Sin embargo, la primera década de la Restauración coincidió con una ralentización de todos los indicadores productivos, aunque con un fuerte impulso inversor, debido a la estabilidad política y social reinante. Pero una vez conseguida la estabilidad, la bonanza se fue difuminando, de manera que

ambos indicativos, productivo e inversor, terminaron acompasando sus ritmos de crecimiento. Tras la crisis de finales del siglo XIX y una vez superada la euforia intersecular se inició de nuevo una tímida recuperación en torno a 1906. En definitiva, la conclusión última que estos autores hacen no invita al optimismo, insistiendo precisamente en todos aquellos elementos que supusieron un lastre para la modernización económica de España, situándose en una posición bien distinta a la sostenida por Ringrose hace unos años y Fusi y Palafox más recientemente. Por lo tanto, y volviendo a la idea inicial de este escrito, el libro no constituye únicamente una síntesis, sino mucho más, ya que es también un análisis exhaustivo y una interpretación seria y rigurosa de lo que ha sido la economía española entre 1868 y 1913, sin duda, una de las etapas más interesantes de nuestra historia, como así lo demuestran los resultados de este trabajo y el extenso apéndice documental que lo acompaña. De ahí que sólo nos quede recomendar encarecidamente la lectura de un trabajo que, a nuestro entender, está llamado a marcar un hito historiográfico importante.

- Carlos LARRINAGA RODRÍGUEZ
Universidad del País Vasco

Luis GERMÁN, Enrique LLOPIS, Jordi MALUQUER DE MOTES y Santiago ZAPATA (eds.): *Historia Económica Regional de España. Siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001, 619 pp.

El espacio no comenzó a ocupar un lugar de cierta importancia en la ciencia económica hasta bien entrado el siglo XIX. Von Thünen, el primero en introducir esta variable en el análisis económico, lo hizo para explicar exclusivamente los diferentes usos agrícolas de la tierra. Y aún habría que esperar mucho tiempo hasta que Launhardt y Weber consideraran los costes de transporte para explicar con carácter general las decisiones de localización empresarial, o hasta que el mismísimo Marshall elaborara el concepto de externalidades como factor explicativo de determinadas decisiones de localización. A partir de entonces, la teoría de la localización fue siendo objeto de sucesivas ampliaciones, primero por parte de Hotelling, Christaller y Lösch y, más tarde, por otros muchos economistas. Después de la Segunda Guerra Mundial, se daría un vigoroso impulso a esta nueva orientación, hasta el punto de que las políticas industriales más activas comenzaron a apoyarse en la llamada teoría de los polos de crecimiento de Perroux, punto de partida de la moderna ciencia económica regional.

El interés, mucho más reciente, por la evolución y causas de las dis-

paridades económicas regionales ha llevado a que la ciencia económica regional se vincule con las teorías del crecimiento económico, una fructífera relación que ha desembocado en dos grandes corrientes de pensamiento. Por un lado, las nuevas teorías neoclásicas del crecimiento económico, surgidas en los noventa, han conseguido ampliar considerablemente el modelo inicial de Solow, introduciendo el concepto de convergencia condicional para explicar la lentitud de los procesos de convergencia económica basándose en las disparidades en preferencias y tecnologías. Por otro, las distintas corrientes de las modernas teorías sobre crecimiento económico endógeno, herederas de las aportaciones de autores como Myrdal o Hirschman, han venido a poner en duda los supuestos del análisis neoclásico, incorporando nuevos factores explicativos (infraestructuras, capital humano, I+D) que conducen a la necesidad de instrumentar políticas públicas para corregir las disparidades económicas espaciales.

En este contexto y con más de veinte años de vigencia del Estado de las Autonomías en España, que tantas iniciativas intelectuales relacionadas con el territorio ha incen-

tivado en este período de tiempo, resultaba muy atractivo abordar de forma sistemática una historia económica nacional desde una perspectiva regional, culminando con ello una serie de iniciativas que habían ido aproximándose progresivamente a este objetivo. En el campo de la historia, estrictamente, hay que recordar, en efecto, entre otros, el trabajo de Plaza Prieto, sobre estimación de la renta nacional y su distribución provincial; el de Roberto Álvarez, sobre evolución histórica de la estructura económica regional; el de Nadal y Carreras, sobre pautas regionales de la industrialización española; y el de Martín, sobre evolución de las disparidades económicas regionales desde una perspectiva histórica. En el campo de la realidad económica actual, los trabajos han sido mucho más abundantes, y por ello tan sólo señalaremos aquí el que podría considerarse casi como hermano gemelo de éste que ahora comentamos, la *Economía y Política Regional en España ante la Europa del Siglo XXI*, una obra colectiva coordinada por Mella.

Como recuerdan en el prólogo los propios editores de este libro, la inquietud científica por hacer una historia económica regional había tenido además otras manifestaciones, como el Seminario sobre *Las causas del atraso* celebrado en Jaramilla de la Vera (1992), o la sesión dedicada a *La riqueza de las regiones*

dentro del VI Congreso de la Asociación de Historia Económica celebrado en Gerona (1998) o el I Encuentro de Historia Económica Regional celebrado en Palma de Mallorca (2000), en todas las cuales han participado ellos mismos de manera muy activa. De la última de ellas proceden, precisamente, la mayor parte de las monografías regionales que integran la presente obra.

Como acabo de indicar, el libro que comentamos está integrado por una serie de monografías relativas a cada una de las actuales comunidades autónomas españolas, que ha sido el criterio elegido por los editores para dividir el territorio español, redactadas por un conjunto de historiadores que cuentan ya en su haber con numerosas publicaciones de calidad acerca de los espacios económicos sobre los que ahora escriben: Galicia (Joám Carmona), Asturias (Germán Ojeda), Cantabria (Rafael Domínguez y Patricio Pérez), País Vasco (Emiliano Fernández de Pinedo), Navarra (Alejandro Arizkun), La Rioja (Ramón Morena), Castilla y León (Javier Moreno), Madrid (José Luis García Delgado y Miguel Carrera), Castilla-La Mancha (Rafael Dobado y Santiago López), Extremadura (Enrique Llopis y Santiago Zapata), Andalucía (Antonio Miguel Bernal y Antonio Parejo), Aragón (Luis Germán), Cataluña (Jordi Maluquer de

Motes), Comunidad Valenciana (Jordi Palafox), Murcia (María Teresa Pérez Picazo y José Miguel Martínez Carrión), Baleares (Carles Manera) y Canarias (Antonio M. Macías). El período común de tiempo en todas ellas son los siglos XIX y XX, aunque no faltan excursiones a tiempos anteriores, aparte de que en la obra se añaden sendas monografías de Enrique Llopis y Jordi Maluquer de Motes, en las que se recogen, respectivamente, un corte temporal en 1797 para el conjunto de las regiones españolas y un estudio sobre el comportamiento de las distintas regiones desde la integración de España en la Unión Europea. Y, adicionalmente, la obra cuenta con un cuidado y rico apéndice histórico-estadístico, de Santiago Zapata.

Dado el variado arsenal analítico disponible actualmente para el análisis económico regional a medio y largo plazo, al que me he referido antes, los distintos autores, en función de sus propias preferencias y de la disponibilidad de información para sus respectivos ámbitos de estudio, han adoptado muy diferentes enfoques y han centrado particularmente su atención en diferentes etapas históricas, como cabía esperar en una obra de estas características. En general, abundan las explicaciones más convencionales: factores geográficos y falta de recursos naturales (incluida población) y

de infraestructuras públicas aparecen como causas explicativas del atraso económico de Castilla y León, Castilla-La Mancha, Extremadura y otras regiones; factores institucionales, en la línea explicativa de North, particularmente en lo relativo a regulación de mercados y circulación interior y exterior de mercancías, sirven a menudo para explicar el éxito o el fracaso de un determinado sector o de una determinada iniciativa empresarial, como en el caso de la industria siderúrgica cantábrico-andaluza o de la industria textil catalana-andaluza. Rara vez se utilizan en la obra explicaciones derivadas de los modernos modelos de crecimiento económico y menos aún conceptos como los de convergencia económica territorial en sus diferentes acepciones, lo que tan sólo ocurre en algunos capítulos, como los dedicados a Andalucía y Cataluña. Llama la atención la gran disparidad existente en cuanto a información estadística utilizada, con capítulos en los que no se presenta ni un solo cuadro numérico, como los de Madrid, Comunidad Valenciana y Murcia, y otros en los que aquella es muy abundante. También cabe destacar la escasez general de información relativa a magnitudes macroeconómicas, ya que tan sólo en muy pocas regiones (Cantabria, Andalucía, Cataluña) se dispone de estimaciones relativamente fiables, lo que indica a su vez

lo lejos que estamos aún de una historia económica regional en España. Por último, en esta línea de consideraciones de carácter general, aunque todos los autores tratan de hundir las raíces de sus respectivas historias en los comienzos del siglo XIX, la mayor parte de ellos centran sus esfuerzos en la época estadística regional que, como es sabido, comienza en España con los estudios sobre distribución provincial de la renta del BBVA.

Todo ello explica, seguramente, que los editores no se hayan atrevido a ofrecer en el propio libro una síntesis o unas conclusiones generales sobre la evolución económica de las regiones españolas y sobre los procesos históricos que han conducido a la convergencia/divergencia económica de cada una de ellas con respecto a la media nacional. Para poder hacerlo, necesitarán más información estadística y factual y, al mismo tiempo, tendrán que elegir un modelo explicativo único que incorpore variables y elementos de análisis de los actuales modelos de crecimiento económico.

¿Significa esto que la obra carece de utilidad o que no ha cumplido

con los objetivos que se proponían sus editores? En modo alguno, a mi juicio. Como ellos mismos destacan en el prólogo, la perspectiva regional no sólo pretende conocer mejor las economías regionales, sino que «también está interesada en aportar nuevos puntos de vista y mayor riqueza de enfoques para la comprensión de la dinámica de la actividad económica en el país entero». Y es en esta fase de la investigación donde debe insertarse esta publicación. Si los trabajos del grupo GEHR comenzaron a desvelar los secretos regionales de la agricultura española y los de Nadal y quienes acudieron a sus Seminarios de la UIMP los de la industria, los de este grupo pueden alumbrar una futura historia económica regional de España. Por de pronto, disponemos ya de una primera aproximación, todo lo heterogénea que se quiera, pero que constituye el actual estado de la cuestión, la piedra sobre la que deberá construirse en un futuro todo el edificio.

Manuel MARTÍN
Universidad de Granada

Jean-Pierre BARDET y Jacques DUPÂQUIER: *Historia de las poblaciones de Europa, III, Los tiempos inciertos. 1914-2000*, Madrid, Síntesis, 2001.

El análisis histórico de la población se ha ido convirtiendo en un elemento importante, y a menudo imprescindible, de numerosos trabajos de especialistas de distintas áreas de conocimiento —economistas, sociólogos, antropólogos...— y, por supuesto, de historiadores de todas las ramas. Ello es así por diversas razones. En primer lugar, no hay cambio económico y social que no se vea acompañado por una modificación del comportamiento demográfico que, a su vez, actúa de factor acelerador o retardador, según los casos, del cambio global. Los indicadores demográficos suelen ser asimismo muy expresivos a la hora de caracterizar una época o un colectivo, y con frecuencia constituyen un buen punto de partida para abundantes monografías. Por otra parte, las fuentes demográficas, si bien dotadas todavía hoy de inexactitudes y carencias, acostumbran a ser más precisas y verídicas que las que nos informan de otro tipo de magnitudes económicas y sociales, además de disponer de una metodología más depurada para la detección y corrección de los errores.

Junto a todo esto, se halla el gran desarrollo de la demografía histórica a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, que ha sabido aprovechar

los avances en el análisis demográfico y crear, al mismo tiempo, métodos propios. En 1956 se publicó el *Manuel de dépeillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, de Michel Fleury y Louis Henry. Jacques Dupâquier considera este hecho como «el acta de nacimiento de la demografía histórica». La elección de esta fecha se comprende si tenemos en cuenta que tanto Dupâquier como Jean-Pierre Bardet han contribuido de manera notable a la renovación metodológica de las técnicas de análisis de los registros parroquiales que, hace cerca de cincuenta años, desarrollaron Henry, Fleury, Gautier y Goubert.

Dupâquier y Bardet son los directores de una obra colectiva titulada *Historia de las poblaciones de Europa*, cuyo volumen III, *Los tiempos inciertos. 1914-2000*, acaba de ser publicada en castellano por la Editorial Síntesis. La obra es un manual de alta divulgación, que incluye un estado de la cuestión de diversos temas, países y épocas, y ofrece un buen número de gráficos y datos estadísticos y una extensa bibliografía. Para ello, los editores han seleccionado un nutrido grupo de prestigiosos especialistas, entre los que se encuentran algunos de los pioneros del proceso de florecimien-

to metodológico de la demografía histórica al que me he referido.

La producción y análisis de datos estadísticos es un elemento central del paradigma científico-racional que, a partir de la Edad Moderna, y sobre todo de la Ilustración, sustituirá a las formas tradicionales de representación y explicación del mundo. Dupâquier, que ya había tratado en los volúmenes anteriores el surgimiento y desarrollo de la disciplina y de instituciones específicas para el tratamiento de las fuentes demográficas —dentro de un proceso que caracteriza como «el triunfo de la estadística»— abre este último volumen con un extenso capítulo dedicado a la historia de la demografía a partir de 1914. En él analiza la evolución de las fuentes, los métodos, las teorías, las doctrinas y las políticas sobre población. Llama la atención la nula presencia, tanto en este capítulo como en el resto del libro, de la nueva economía de la población de raíces neoclásicas, pese a que en la bibliografía se cite un par de trabajos de Gary Becker (no confundir con Jean-Jacques Becker, que el segundo capítulo del presente libro nos ofrece una evaluación demográfica de las dos guerras mundiales, desde una perspectiva metodológica bien diferente). Esta notable ausencia lleva necesariamente a preguntarnos si este camino, que se presenta como una teoría general del comportamiento

humano, tiene las bases conceptuales y metodológicas adecuadas para incorporar las ricas aportaciones realizadas desde hace tiempo por la demografía histórica.

Entre la demografía analítica y la demografía histórica no se ha producido el dramático divorcio que, en determinados momentos, se ha dado entre la teoría y la historia económica. De hecho, la segunda se ha aprovechado casi de inmediato del gran desarrollo formal de la primera, y de las técnicas creadas para ser aplicadas a los países con estadísticas deficientes; y los demógrafos han estado muy atentos a las investigaciones y los métodos de los historiadores. Dos ejemplos sobresalientes de esta simbiosis pueden encontrarse en Massimo Livi Bacci y Georges Tapinos. Livi Bacci fue un pionero, a través de su conocido trabajo sobre el descenso de la fecundidad en España, de la aplicación de la teoría de las poblaciones estables al análisis histórico. La muerte de Tapinos, en plena madurez creadora, ha dejado un gran hueco en el esfuerzo de combinar el rigor analítico con la evolución social y las aportaciones de la historia del pensamiento económico. El capítulo tercero del libro está constituido precisamente por una clara y precisa síntesis elaborada por ambos autores sobre «economía y población», donde se analizan las correspondencias entre los ciclos

demográficos y los económicos, la movilidad geográfica, los cambios en la distribución de la población activa y el mercado de trabajo, y las relaciones entre el desarrollo económico, el crecimiento demográfico y los cambios en la estructura de la población.

Peter Laslett fundó en 1964, junto con Schofield y Wrigley, el *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure*, que, entre otras muchas aportaciones, revolucionó y popularizó el análisis de las estructuras familiares, relacionándolas con los modelos de nupcialidad, las pautas de residencia postmatrimonial y el sistema sucesorio, contribuyendo de esta forma a integrar el estudio de la reproducción biológica de una sociedad con su reproducción social y sus condiciones económicas. En uno de los capítulos del libro que comentamos, Laslett estudia unos de los aspectos con mayores repercusiones socioeconómicas y culturales de la historia del siglo pasado, «la emergencia de la tercera edad». Estrechamente relacionado con el momento en que se origina y la forma en que se desarrolla la transición demográfica, el autor examina las características del proceso de envejecimiento, la estructura interna de la población anciana y los efectos de esta evolución en los comportamientos sociales de los países europeos. El resto de capítulos temáticos ha sido

encargado asimismo a excelentes especialistas. Así, Graziella Caselli, France Meslé y Jacques Valin analizan el progreso de la esperanza de vida y los avances en los sistemas de salud. Jean-Claude Chesnais se encarga del descenso de la fecundidad y los cambios en la estructura de la población activa. Las transformaciones en los modelos de nupcialidad y cohabitación y la crisis de la familia tradicional son estudiadas por Evelyn Sullerot, y las migraciones europeas por Olivier Faron y Pierre George.

Tras estas 320 primeras páginas, todavía quedan otras tantas dedicadas a los distintos modelos territoriales y nacionales, escritas asimismo por conocidos investigadores, que ofrecen unas sinopsis de apreciable interés para los estudiosos que, desde campos de conocimiento afines, quieran tener una visión general del comportamiento de la población en los diferentes países. Entre ellas, la excelente síntesis de Joaquín Arango y Robert Rowland sobre los cambios demográficos en la Península Ibérica durante el pasado siglo.

En el último capítulo, los editores examinan las convergencias y diferencias de los comportamientos demográficos europeos y las previsiones demográficas efectuadas por los organismos internacionales, para concluir con una nota de nostalgia, tomada de un programa televisivo: «Europa, que se ha quedado en casa

junto al hogar encendido de la chimenea que tiene mal el tiro, le da vueltas y más vueltas a la maldad de los tiempos que le han hurtado la dominación del mundo.»

En conclusión, un buen libro, en el que la dificultad de articular enfoques, países y temas distintos está bastante bien resuelta, y que resulta de utilidad al investigador en ciencias sociales. Para el economista y

para el historiador de la economía, puede ayudarle a tener un mejor conocimiento de los hechos demográficos, esos que suelen aparecer en escena al principio de las investigaciones y de los manuales, y luego resulta tan difíciles de integrar con el resto de los contenidos.

Fausto DOPICO
Universidad de Santiago

Mario CERUTTI: *Propietarios, empresarios y empresas en el norte de México. Monterrey: de 1848 a la globalización*, México, Siglo XXI, 2000, 262 pp.

En los últimos veinte años, México ha experimentado un período de extraordinaria transformación de su economía, marcada por avances importantes pero también por graves crisis. La crisis de la deuda que estalló en 1982 provocó el hundimiento del modelo sustitutivo de industrialización que había mantenido su auge durante cuarenta años. Este modelo había logrado altas tasas de crecimiento pero con base a un excesivo proteccionismo y, en los años de 1970, merced a un exagerado endeudamiento. Luego de la crisis vendrían los procesos de reestructuración y privatización de empresas estatales que tuvieron lugar entre 1982 y principios de 1990. Al mismo tiempo, se produjo una sorprendente globalización de

un buen número de las compañías y sectores más dinámicos de la economía mexicana. Ello no impidió nuevas crisis, como la debacle financiera de 1995, pero junto con la firma del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCAN) impulsó una fuerte reorientación de la economía mexicana.

Quizá la región que se haya adaptado más exitosamente a la combinación de crisis y auges económicos en este corto período ha sido precisamente la del norte/oriental, y particular las empresas que operaban a partir del eje inicial de Monterrey. ¿Por qué? Éste es precisamente uno de los interrogantes centrales que intenta contestar (exitosamente) Mario Cerutti en el trabajo que reseñamos. Debe agregarse que este

libro es, en realidad, una síntesis de una multitud de trabajos individuales y colectivos que ha emprendido Mario Cerutti, a lo largo de estos últimos veinte años, al paralelo y, casi podríamos decir, *al son* de los enormes cambios que se han ido forjando en el sector industrial, financiero y comercial de su ciudad adoptiva. Todos los que trabajamos en el viñedo de la historia económica mexicana tenemos una fuerte deuda por su ejemplo, perseverancia y creatividad, pero pienso yo que esa deuda es particularmente fuerte en el propio norte de México, pues sin su impulso tendríamos una idea *muy pobre* de lo que ha sido la historia económica del norte oriental del país en el último siglo y medio. Hoy en día, en cambio, se cuenta con una considerable riqueza de análisis y estudios empíricos merced al esfuerzo sistemático y enérgico que han realizado Cerutti y sus colegas por sacar a la historia económica del norte de México *del atraso*, y lanzarla a la modernidad.

Entre otras virtudes, este libro demuestra de manera contundente que no se puede entender la historia (el pasado), el presente ni el futuro de la economía mexicana sin tener en cuenta sus estrechas relaciones con la economía de los Estados Unidos, el mayor y más dinámico mercado del mundo. Durante largo tiempo, la historiografía mexicana —y en particular la del centro— ha

presentado la historia de México como una lucha constante contra ese *enemigo externo* que serían los Estados Unidos. La obra de Cerutti viene a desmitificar esta interpretación unilateral. Demuestra cuán importante han sido desde hace un siglo y medio las relaciones económicas entre ambos, el comercio, los flujos migratorios, las transacciones financieras, el intercambio empresarial y tecnológico. Ahora bien, ello no implica que el desempeño de la economía (industrial, comercial y financiera) de Monterrey haya dependido exclusivamente de las relaciones con los Estados Unidos. Al contrario, Cerutti nos demuestra que la base del éxito de las grandes firmas de Monterrey fue primero su conquista del mercado interno. Como nos demuestra en el caso espectacular muy reciente de la expansión mundial de Cemex, el punto de partida inicial ha sido la conquista del mercado interno, pasando después a una muy rápida expansión internacional en los últimos quince años. Así, hoy en día, Cemex —tercera empresa del sector a nivel mundial— no sólo controla el 60 por 100 del mercado cementero de México, sino que tiene además subsidiarias muy importantes en España, los Estados Unidos, Venezuela, Centroamérica, y ya está muy activo en Indonesia y Filipinas. En efecto, ha sido el doble fuelle de la demanda del mercado interno

y de los mercados externos (en particular el de los Estados Unidos) una de las claves fundamentales del éxito de las grandes empresas de la zona norte-oriental de México. Pero, como señala Cerutti, este desarrollo simultáneo *hacia adentro* y *hacia afuera* ha sido clave en otros casos nacionales. En efecto, debe hacernos reflexionar sobre similares experiencias en otras latitudes: las industrias y la banca del sur de Canadá en sus relaciones con la pujante economía del norte de los Estados Unidos; o la expansión de las industrias y la banca del País Vasco o del norte de Italia desde fines del siglo XIX, que también han dependido del doble impulso del mercado doméstico y de los mercados externos. En resumidas cuentas, la contribución de Cerutti no se limita al análisis del notable caso de la industrialización y globalización de la economía del norte/oriental de México, sino que abre además múltiples puertas para nuevas investigaciones en historia económica comparada.

El libro se compone de 18 apretados capítulos, que sintetizan los más importantes resultados de la investigación realizada en los últimos veinte años sobre el desarrollo económico del norte/oriental de México desde mediados del siglo XIX hasta hoy. En la primera mitad del libro, el autor analiza fundamentalmente problemas del siglo XIX: el

despegue inicial de la economía del norte/oriental de México a mediados del siglo pasado; el impacto de la guerra de secesión (1861-1865) sobre esa región, la expansión formidable de los ferrocarriles norteamericanos en México en el decenio de 1880; el despegue de la industria pesada en Monterrey desde fines de siglo; y las características de la elite empresarial de la región. Para concluir esta parte del libro, incluye un estimulante ensayo que compara el despegue industrial de Bilbao y de Monterrey a fines del siglo pasado.

En la segunda mitad del libro, el autor analiza el impacto económico de la revolución mexicana (1910-1920) en la región, los difíciles años veinte, la recuperación a partir del decenio de 1930 y el crecimiento acelerado posterior. Finalmente, estudia la conformación de los conglomerados empresariales en los años de 1970 en pleno auge petrolero, seguido por dos capítulos sobre el impacto del fin del proteccionismo desde 1982 en adelante y la sorprendente globalización de las grandes empresas de Monterrey.

Lo que se desprende del libro de Cerutti es una nueva forma de interpretar la historia mexicana, en primer lugar poniendo el acento en factores de empresa y economía (por encima de los enfoques políticos tradicionales) y, en segundo lugar, haciendo ver cómo la historia eco-

nómica mexicana no es una historia delimitada por las fronteras nacionales (de la historiografía tradicional), sino una historia plenamente internacional y con significado para los estudios comparados. Por ambos motivos, considero que el libro es,

desde ya, una lectura obligada para todos los interesados en la evolución del México moderno.

Carlos MARICHAL
El Colegio de México

E. J. T. COLLINS (ed.): *The Agrarian History of England and Wales, 1850-1914*, vol. VII, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 2 vols., 2.277 pp.

Estos dos volúmenes completan la colosal *Historia Agraria de Inglaterra y Gales* abarcando el período posterior a la abolición de las Leyes del Grano y a la «Segunda Revolución Agrícola» de F. M. L. Thompson. Período en el que la política agrícola inglesa y los cambios acontecidos en su agricultura fueron muy diferentes a los sucedidos en la mayoría de los países europeos. La prosperidad del sector durante el período de *High Farming*, entre 1850 y 1875, fue consecuencia «mucho más de los altos precios que de un aumento en la productividad o del cambio tecnológico» (p. 127). Desde principios de los años setenta hasta la Primera Guerra Mundial la producción se estancó mientras que la productividad total de los factores creció a un modesto 0,65 por 100 anual. Los cambios en la economía internacional modificaron la naturaleza de la agricultura inglesa signi-

ficativamente. El declive de la renta de la tierra provocó que algunos de los grandes propietarios vieran reducidos sus ingresos a la mitad entre 1870 y 1914, lo que tuvo excepcionales consecuencias sociales, de las que hay pocas referencias en este libro, pero que han sido estudiadas por David Cannadine y otros. En 1914 las agriculturas inglesa y galesa sólo contribuyeron con un 7 por 100 al producto nacional y con un 8 por 100 al empleo total. Otro cambio importante sobrevino en la composición de la producción agraria, merced al aumento del producto ganadero desde el 38 al 56 por 100 del total entre 1868-1870 y 1911-1913, factor que influyó de forma decisiva en el éxito relativo de las regiones ganaderas del país. Desde otra perspectiva, el que a principios del siglo xx sólo el 43 por 100 de los alimentos consumidos en Gran Bretaña se hubieran producido allí y sig-

nificó un notable impacto para los consumidores. Por último, una de las mayores transformaciones no fue sólo el declive de la demanda de trabajo en las granjas, sino también el crecimiento del empleo en el proceso de manipulación y distribución de los productos. Para dicha aseveración, Collins cita los datos de Thompson de, aproximadamente, cuatro obreros en la agricultura por cada trabajador de «apoyo» en 1841, una cifra que se había reducido a poco más de uno en 1914.

Éste es un magnífico, pero enorme libro, con la contribución de veinticinco autores, entre ellos Collins, Turner, Holderness, Brassley, Beckett, Dewey, Chartres, Perren, Thompson, Howkins, Digby y Afton. La obra empieza con una sección sobre «la agricultura y el estado industrial» que sitúa al sector en el contexto de la economía nacional. Los capítulos siguientes tratan todos los temas más obvios: los sistemas y técnicas de cultivo, la ciencia y la educación, la tierra, el trabajo, el capital, los impuestos, el comercio, las industrias de transformación de alimentos, etcétera. Pero el libro trata mucho más que, simplemente, la agricultura, dedicando más de trescientas páginas a «la sociedad rural y la comunidad» y al «impacto urbano en el campo». Finalmente, para los historiadores que insisten en que la agricultura solamente puede entenderse miran-

do la experiencia local no se les defrauda con un extenso capítulo que divide al país en siete regiones.

Pocos historiadores van a querer leer los dos volúmenes desde la primera página hasta la última. Pero esto no es necesario. Dada la formidable tarea que aborda Collins revisando cuarenta y cinco capítulos, de los que nos informan que cuatro se completaron más de una década antes de la su publicación, la mayoría de los capítulos pueden leerse de manera aislada y de los que algunos serán de lectura esencial durante muchos años para el historiador económico. La última sección, de más de cuatrocientas páginas y compilada por Afton y Turner, proporciona un rico fondo estadístico para el período. Las estimaciones recogidas incluyen tanto las elaboradas por coetáneos al período como las calculadas por historiadores contemporáneos con series de la producción, los rendimientos, los precios, los salarios, la renta de la tierra, la formación de capital, etcétera, presentadas completas y acompañadas de un comentario excelente y detallado. La ingente masa de información proporcionada llega a veces a agobiar. Por ejemplo, no sólo tenemos los precios de cuatro categorías diferentes de ovejas para el condado de Hampshire entre 1850 y 1914, sino que, además, la significativa diferencia entre los precios máximos y mínimos para cada categoría no facilita

su uso para los historiadores. Finalmente, la conversión de chelines y peniques al sistema decimal será apreciado en su justo valor por los lectores.

Por supuesto, el libro tiene sus limitaciones. Una es la falta de información sobre la importancia relativa del sector agrícola en las diferentes regiones del país. Es verdad que en la tabla 38.13 se reproducen las cifras de Thompson sobre el producto agrario por condados en Inglaterra entre 1873 y 1913. Sin embargo, el lector raramente va a tener una idea de si la agricultura en Norfolk, por ejemplo, era más o menos importante que en Lancashire. Una segunda crítica es que el libro en general no tiene en cuenta lo que estaba pasando fuera de Inglaterra y Gales, con las excepciones obvias de Escocia e Irlanda. De hecho, el propio Collins hace esa

autocrítica en las últimas líneas del libro, citando las posibilidades de «comparar la experiencia del cultivo de cereales en East Anglia con “le grande culture” de Beauce en la Cuenca de París». Finalmente, los economistas encontrarán el libro, como los otros de esta serie, demasiado descriptivo. Una última crítica sería el precio de unos 300 euros. Sin embargo, como inversión académica el lector estará comprando un libro que va a ser de lectura obligatoria durante por lo menos un par de décadas. También podría ser una buena inversión económica ya que los ejemplares de segundo mano del volumen cuatro, que está agotado desde hace mucho tiempo, se venden considerablemente por encima del precio original de venta.

James SIMPSON

Universidad Pablo de Olavide

William EASTERLY: *The Elusive Quest of Growth. Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, Cambridge, Mass. MIT Press, 2001, 342 pp.

La pregunta de por qué crecen los países, por qué unos crecen en unas condiciones y bajo ciertos modelos y otros en condiciones económicas quizá semejantes no lo hacen, es la pregunta que probablemente ha dado origen a la mayor cantidad de literatura económica,

empezando por *La investigación acerca del origen y de las causas de la riqueza de las naciones*, de Adam Smith. ¿Cuál es la estructura económica que más beneficia la creación de riqueza, qué medidas de política económica deben tomarse en cada momento para dirigir una

nación por la senda del crecimiento estable y sostenido? Estos enigmas, enfocados de forma ampliada al desarrollo económico por el autor, hacen que el libro ya sea interesante, sólo por el título, ya que, como dijo Robert Lucas, «una vez que uno empieza a pensar sobre estos temas, es difícil pensar sobre otra cosa».

El libro está estructurado en dos partes bien diferenciadas. En la primera se aborda un diagnóstico de la cuestión, en negativo. Es decir, Easterly repasa seis panaceas que se han tenido como motor del crecimiento y que se han revelado fallidas. En la segunda parte, trata de ofrecer algunas pistas de solución al problema, basando toda la obra en una hipótesis bien clara: la gente responde a incentivos, y toda actividad que se emprenda sin tener en cuenta esta realidad humana conducirá al fracaso.

La primera parte, las panaceas fallidas, está compuesta por seis capítulos bien trabados en los que el autor describe con argumentos teóricos y empíricos abundantes, por qué ha fallado lo que en otro tiempo se creyó que iba a ser el remedio o la solución para todos los males que condicionan la falta de crecimiento económico de un país. La primera panacea que falla es la ayuda al desarrollo. Sorprende que un economista que lidera estudios de gran calidad en el Banco Mundial sea quien empieza reconociendo

que la ayuda al desarrollo por sí sola, y tal y como se lleva a la práctica en la actualidad, ha sido incapaz de cubrir la brecha financiera, algo que ya denunciaron Chenery y Strout en los sesenta [H. Chenery y A. Strout (1966), «Foreing Assistance and Economic Development», *American Economic Review*, núm. 56 (4), pp. 670-733]. En los sucesivos capítulos, Easterly, a semejanza de los antiguos alquimistas que buscaban el remedio para curar todas las enfermedades —que es el significado propio de «panacea»—, reconoce que la inversión no se ha revelado como la clave del crecimiento, tal y como creyó Robert Solow, pero que tampoco la educación, sobre todo la educación básica, saca de la pobreza a los países de forma directa, ni el control demográfico, ni la perseverante renovación de los préstamos para el ajuste estructural, ni la condonación de la deuda externa. Todos estos factores son importantes a la hora de entender el proceso dinámico del crecimiento, pero en lo que Easterly pone el acento es en que por sí mismos, sin atender si los receptores de estas medidas están incentivados a ponerlos en juego o no, son inútiles o —cuando menos— limitados.

Una vez hecho el diagnóstico de lo que no funciona, en la segunda parte del libro el autor trata de ofrecer alternativas o pistas sobre elementos clave que se revelen estra-

tégicos para el crecimiento. Las habilidades y conocimientos que nos diferencien de los demás para competir a la hora de encontrar empleos mejor remunerados y con mayores niveles de productividad laboral permiten, tanto a las familias como a los países, obtener mayores niveles de renta. Por otro lado, hay que tener en cuenta los efectos de los factores de divergencia económica como la calidad de los productos ofertados, las economías de aglomeración o las economías de escala, entre otros, que explican gran parte de los diferentes niveles de competitividad entre países, incluso si su dotación factorial y sus productividades son semejantes. El autor insiste en que el factor central para acelerar el crecimiento económico es la tecnología, que a menudo actúa en procesos de destrucción creativa. En sentido negativo, presenta argumentos convincentes y abundante evidencia empírica de cómo el mal gobierno, la corrupción o la polarización étnica y social pueden acabar con el crecimiento potencial de cualquier país. Por último, dedica un original capítulo a reflexionar cómo la suerte, la incertidumbre y la incapacidad humana para predecir el contexto futuro pueden ayudar o retrasar el desarrollo.

Desde el punto de vista económico, Easterly identifica lo que podríamos llamar el «sexágono maldito» del crecimiento: los países con

alta inflación, altas primas de tipo de cambio en el mercado negro, tipos de interés reales negativos (¡EEUU los tiene actualmente!), elevado déficit público, restricciones al comercio y unos servicios públicos ineficientes, forman una composición que podríamos imaginar en forma concéntrica con la corrupción en el centro de esa diana. Es significativa la observación del autor de cómo la mayoría de los manuales de economía del desarrollo aún no incluyen un capítulo sobre la corrupción, a pesar de la abundante literatura y evidencia empírica que existe al respecto, mostrando cómo la corrupción es capaz de anular cualquier paquete de medidas macroeconómicas de crecimiento económico bien diseñado o cualquier plan de desarrollo humano, por muy participativo que éste sea, como quieren ser los actuales *Poverty Research Strategic Programs (PRSPs)* exigidos por el Fondo Monetario Internacional para acceder a la financiación especial destinada a la reducción de la deuda externa, y que están aprovechando muchos donantes de ayuda al desarrollo como documento base de planificación para sus acciones.

Como principales debilidades del libro, ya convertido en referencia obligada sobre el tema, se podrían señalar el escaso desarrollo de dos temas que aún permanecen en estado de vivo debate dentro de la

comunidad científica internacional: la apertura comercial y la eficacia macroeconómica de la ayuda al desarrollo.

El tema de la apertura comercial es tratado de forma muy rápida por el autor, al menos en comparación con la profundidad con que trata otros problemas. A pesar de las reservas existentes en la literatura sobre la relación causal entre apertura y crecimiento, existe un consenso bastante generalizado acerca del efecto positivo de la apertura comercial sobre el crecimiento económico considerado en términos agregados. Sin embargo, paulatinamente se detecta con mayor claridad la necesidad de establecer un orden bien secuenciado de la apertura, tanto comercial como financiera, con análisis particulares para cada país y su entorno comercial, así como la importancia de establecer acertadamente el ritmo de dicha apertura. En lenguaje matemático, el problema hay que centrarlo en términos de segunda derivada, no ya de primera.

Con relación al segundo tema relativamente ignorado en este libro, la eficacia macroeconómica de la ayuda, Easterly no cita los numerosos estudios que están produciendo en respuesta a las conclusiones que divulgó el estudio del Banco Mundial en 1998 sobre el tema (*Assessing Aid. What Works, What Doesn't, and Why*). Sin ir muy lejos, en el *Journal*

of Development Studies de agosto de 2001 se ofrecen cuatro estudios profundos que revisan la tesis mantenida por el Banco Mundial de que la ayuda sólo ofrece buenos resultados en entornos de política macroeconómica estable. En ellos se demuestra la alta sensibilidad de los datos que sirvieron de base para obtener esta conclusión y cómo fueron manipulados para reforzarla por parte de sus autores. Además, el libro no incorpora trabajos económicos recientes que sostienen la eficacia global de la ayuda al desarrollo, sobre todo cuando actúa sobre el crecimiento del país a través del incremento de la inversión productiva. El propio Banco Mundial, con motivo de la Cumbre de Monterrey sobre financiación para el desarrollo, editó un estudio en el año 2000 sobre estas cuestiones, *The Role and Effectiveness of Development Assistance. Lessons from World Bank Experience*, que algunos autores sospechan que sea una respuesta a la postura mantenida por Easterly en el libro que se reseña.

La obra indudablemente da que pensar. Su tesis central de que la gente responde a incentivos enlaza con la mejor tradición utilitarista del pensamiento económico y con la consecuencialista de la ética. Lástima que no nos ofrezca respuestas a cómo se crean y transmiten esos incentivos o haga una clasificación siquiera básica, de los tipos de

incentivos a los que puede responder el hombre. Quizá, además de los económicos, debamos contemplar los psicológicos —a ello nos invitan los últimos premios Nobel de economía—, los espirituales o trascendentales, los éticos y los sociales. O quizá, la propia economía deba avanzar en comprenderse como disciplina obligada al diálogo constante con estas dimensiones. Cada vez está más claro que el desarrollo humano, que éste comprende dimensiones de participación social y política, de vulnerabilidad y seguridad, de aumento de la capacidad de decisión y de ampliación de oportunidades y libertades. Cada una de estas dimensiones tiene su propia fuente de incentivos.

El lenguaje del libro es preciso a la vez que sencillo, su estilo tremendamente ameno y además el autor goza de un excelente sentido del humor. Esto hace ampliar su audiencia, pues Easterly ha obviado los detalles técnicos a lo largo de la obra, dirigiendo al lector al amplísimo aparato bibliográfico que acumula al final. Bastaría una ojeada a esas últimas páginas para tener un abigarrado panorama de lo mejor que se ha escrito sobre el crecimiento económico. Un último detalle. Llena de satisfacción encontrarse, en un libro de este tipo, con relatos de historias de vida concretas que se intercalan entre cada capítulo. Muchas de ellas emocionan por su

destino, impulsan a leer con más interés el siguiente apartado y humanizan noblemente el discurso sobre la pobreza que se narra. Es una gran noticia que los libros de economía incluyan la parte emocional del hombre como un elemento a la misma altura que la racional. Ignorar a los pobres, en un libro sobre crecimiento económico, puede ser técnicamente brillante, pero humanamente incompleto. Algo así le ha pasado a la ayuda al desarrollo. Ha generado mucho discurso y ha aportado muchos recursos financieros. Pero ha prestado poco oído a los propios pobres. Desde la macroencuesta recientemente publicada por el Banco Mundial de la que Easterly extrae muchas de sus historias de vida, *La Voz de los Pobres; ¿hay alguien que los escuche?*, disponemos de muchas narraciones originales y hoy podemos conocer mejor cómo se manifiestan los pobres. Como reta el propio subtítulo del libro, ahora hace falta que alguien los escuche. Incluidos economistas y organismos multilaterales que pretenden trabajar para ellos y con ellos. Easterly ha iniciado un nuevo estilo de divulgar y pensar sobre el crecimiento económico que esperemos tenga una larga continuidad.

José María LARRÚ
Universidad San Pablo-CEU

III Jornadas de Historia Económica

Montevideo - 9 al 11 de julio de 2003

SIMPOSIO:

Inversiones extranjeras y empresas multinacionales en América Latina en el siglo xx

COORDINADORES:

María Inés Barbero (Universidad de Buenos Aires/Universidad de General Sarmiento): mbarbero@fibertel.com.ar

Andrés Regalsky (Conicet/Universidad Nacional de Tres de Febrero/Universidad Nacional de Luján): regalsky@utdt.edu

Raúl Jacob (Universidad de la República): rjacob@chasque.apc.org

FUNDAMENTACIÓN Y OBJETIVOS

Las inversiones extranjeras han vuelto a ocupar un lugar relevante en las economías latinoamericanas desde comienzos de la década de 1990, ligadas en una primera etapa a la capitalización de la deuda externa y al proceso de privatizaciones y en un segundo momento a la reconversión productiva que tuvo lugar en el marco de los bloques regionales que se conformaron tanto en el norte como en el sur del continente.

Este proceso se dio a su vez en un contexto internacional signado por la globalización y la desregulación de los mercados, que generó cambios significativos tanto en la organización como en las estrategias de las empresas multinacionales. Junto con la integración económica mundial surgieron empresas cada vez más globalizadas, a la vez que se tendió a una creciente concentración a través de fusiones, adquisiciones y alianzas estratégicas entre firmas.

El objetivo del simposio es contribuir al análisis de la inversión extranjera directa (IED) en América Latina en una perspectiva histórica, comparando las modalidades y efectos de las sucesivas etapas de la inversión externa en la producción de bienes y servicios que tuvieron lugar a lo largo del siglo veinte. A grandes rasgos se puede determinar que después de un período previo que hunde sus raíces en el siglo xix, y que se extiende hasta la Primera Guerra Mundial, se producen sucesivas oleadas en las décadas de 1920, 1960 y 1990, presentando cada uno de estos ciclos características diferenciales en cuanto a su operatoria y a su incidencia sobre las economías locales.

Los temas incluidos en la propuesta alcanzan, por una parte, a la IED en América Latina, pero también, explícitamente, al proceso de multinacionalización de empresas latinoamericanas —las multilatinas— que tuvo un origen temprano pero que se aceleró desde fines de los años setenta para alcanzar una fuerte expansión en los noventa.

El simposio contempla como temas relevantes el análisis de las estrategias empresariales, el estudio de las filiales locales de empresas multinacionales y la profundización de los debates conceptuales que surgen a partir tanto de la especificidad que asume la IED en América Latina como de las diversas modalidades de la inversión extranjera en su dimensión histórica.

CALENDARIO

Presentación de resúmenes: 15 de marzo de 2003

Ponencias: 1 de junio de 2003

Congreso de americanistas de Santiago de Chile

Julio, 2003

Se solicitan ponencias para la sesión: «Comercio exterior, instituciones y cambio económico en América Latina, siglos XVIII-XX».

Coordinadores

Marcello Carmagnani, Universidad de Turín.
Zacarías Moutoukías, Universidad de París 7.

La imagen estándar del sector externo de las economías latinoamericanas es el resultado, como bien sabemos, del esfuerzo de varias generaciones de estudiosos provenientes de diversos horizontes. Sin embargo, la lectura de cualquier síntesis nos convence de cuanto quedaba por hacer cuando, a principios de los años ochenta, este tradicional terreno de investigación comenzó a perder atractivo. En particular en lo que se refiere a la propia evolución del sector externo desde el antiguo régimen colonial hasta su configuración más reciente, así como a sus vínculos con transformaciones más amplias. A ello se han ido agregando los nuevos interrogantes surgidos de debates historiográficos más recientes. El objetivo del simposio propuesto es retomar algunos de estos debates, concentrándonos en el entramado institucional del comercio exterior y las relaciones entre aquél y el cambio económico. Sus dispositivos comprenden desde los mecanismos que aseguraban, con mayor o menor costo, el cumplimiento de los contratos hasta las reglas de juego que definían riesgos y ocasiones, pasando por la propia organización de los agentes. Simplificando un poco, en general se aborda dicho entramado institucional adoptando dos enfoques aparentemente opuestos: por un lado, se lo considera como una respuesta óptima a los costos de transacción y, por el otro, como producto de los nuevos lenguajes culturales que fueron acompañando la modernización. Intentamos debatir sobre la pertinencia de uno y otro, situándonos tanto en el contexto desde el cual la acción local de los agentes construye un orden global de transacciones, como en el de las políticas que organizan las relaciones entre formaciones estatales y afectan a la actividad de dichos agentes. Por ello procuramos atraer comunicaciones sobre: *a)* redes sociales, redes mercantiles y organización empresarial; *b)* institución monetaria, crédito y formas de pago y transferencia; *c)* agentes, formas de contrato, información e incertidumbre; *d)* derechos de propiedad y políticas comerciales. No se trata obviamente de una lista exclusiva, sino de los temas que intentan delimitar el espíritu de la propuesta: debatir sobre el entramado institucional del comercio exterior y su relación con las transformaciones en el largo plazo, para lo cual nos concentraremos de manera prioritaria, pero no excluyente, en el período 1750-1914.

Zacarías Moutoukías
Université de Paris 7 – Denis Diderot
UFR-GHSS
2, Place Jussieu
75251 Paris Cedex 05
Correo electrónico: Moutoukias.ZACARIAS@cicrp.jussieu.fr

ASOCIACIÓN DE HISTORIADORES LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE (ADHILAC)

CIRCULAR 1

La Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y la Revista *América a Debate* de la Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo convocan al IV Congreso de Historiadores Latinoamericanistas con el tema *América Latina y el Caribe en la historiografía mundial; procesos históricos, identidades y los retos de la globalización para el subcontinente*, en torno a cuyo enunciado se propone una reflexión sobre los problemas actuales de la historiografía latinoamericana y caribeña a través de los siguientes aspectos específicos:

- Presencia e importancia de los procesos latinoamericanos y caribeños en la historiografía universal contemporánea.
- La historiografía de América Latina y el Caribe en el actual debate historiográfico internacional.
- La enseñanza de la historia en América Latina y el Caribe.
- Los retos de la globalización neoliberal: movimientos migratorios, mentalidades, conciencia histórica e identidades.
- Movimientos sociales, reformas, revoluciones y contrarrevoluciones en la historia latinoamericana.
- América Latina y el Caribe en la historia de la economía mundial.
- Etnicidad, fronteras e identidad en la historia latinoamericana y caribeña.
- La historiografía regional y local en la hora de la globalización: realizaciones y perspectivas.
- El enfoque de género en la historiografía latinoamericana y caribeña.
- Procesos y fenómenos políticos en la historia del subcontinente: universalidad y particularidades.
- La integración y las relaciones interamericanas en perspectiva histórica; del Congreso Anfictiónico al ALCA.
- Ciudades y urbanización en la historia latinoamericana.
- Cosmopolitismo y autoctonía en la historia del pensamiento latinoamericano y caribeño.
- El Caribe y la independencia haitiana: reflexiones en torno a un bicentenario.

Este congreso internacional tendrá lugar entre los días 17 y 21 de noviembre de 2003 y su sede principal será la Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez, situada en la calle Mercaderes esquina a Obrapia, Habana Vieja, Cuba. El evento está coauspiciado por las instituciones y asociaciones que a continuación se relacionan:

Departamento de Historia de la Universidad de La Habana (Cuba).
Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.
Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA).
Universidad del Norte (Colombia).
Universidad de Buenos Aires (Argentina).
Universidad de Santiago de Compostela (España).
Universidad de Vigo (España).
Universidad Veracruzana (México).
Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica.
Taller de Historia Económica (Ecuador)-ADHILAC.
Universidad Autónoma de Yucatán (México).
Universidad de Cádiz (España).

El Comité Organizador está integrado por los Doctores Sergio Guerra Vilaboy (Universidad de La Habana-ADHILAC), Alejo Maldonado Gallardo (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-ADHILAC), Carlos Sixirei Paredes (Universidad de Vigo) y Pilar Cagiao (Universidad de Santiago de Compostela).

Las ponencias deberán ser comunicaciones concisas que no excedan las 10 cuartillas, pues los participantes sólo contarán con quince minutos para su exposición, y deberán ser entregadas en formato electrónico.

La cuota de inscripción para los ponentes será de 50 u.s.d. y la de estudiantes y observadores 25 u.s.d.

Para formalizar su inscripción los interesados deberán enviar los resúmenes de sus trabajos, de uno o dos párrafos de extensión, antes del 1 de noviembre del 2003, a las siguientes direcciones:

Dr. Sergio Guerra Vilaboy
Secretario Ejecutivo de ADHILAC
Casa Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba
Tel. (537) 8323200 Fax (537) 8329115, e.mail: adhilac@ffh.uh.cu

Dr. Alejo Maldonado Gallardo
Vicepresidente ADHILAC y Director de la Revista *América a Debate*
Facultad de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, México.
Tel. y Fax (524) 3164177, e.mail: malejo@zeus.ccu.umich.mx

En próximas circulares se brindará más información.

VI PREMIO LID DE HISTORIA EMPRESARIAL ESPAÑOLA

BASES DE LA CONVOCATORIA DE 2003

- 1.º Se entiende por historia empresarial española las biografías de empresarios y la historia completa de empresas de nacionalidad española. Se valorarán menos los estudios sectoriales, la historia parcial de una empresa o los trabajos sobre empresas extranjeras en España.
- 2.º El premio consistirá en un anticipo sobre derechos de autor de 2.500 € y la publicación de la obra en la Colección de Historia Empresarial. El jurado podrá otorgar uno o dos accésit de 1.000 € cada uno y la correspondiente publicación del libro o declararlo desierto.
- 3.º Podrán concurrir a este premio autores de cualquier nacionalidad. Es imprescindible que el original esté escrito en español e inédito. No se considerará inédito cuando partes importantes del trabajo se hayan publicado con anterioridad y sí se considerará inédito cuando esté basado en una tesina o tesis no editada comercialmente. La extensión mínima será de 90.000 palabras y la máxima de 240.000 incluyendo anexos, índice onomástico y bibliografía.
- 4.º El original deberá remitirse a LID Editorial Empresarial, Sopenana 22, Madrid 28023 (una versión en papel y una versión en CD en Word), junto con una carta en la que el autor declare que la obra es inédita, que no ha sido presentada a otro premio o concurso del que aún no se haya producido el fallo, que los derechos de la obra no han sido cedidos anteriormente y que acepta todas las bases de este premio. La editorial y el autor premiado firmarán en su momento el contrato de edición habitual. La versión final deberá ajustarse a las normas de presentación y estilo de la colección.
- 5.º El plazo de inscripción se abre el 1 de enero y finaliza el 31 de julio y el de admisión de originales acaba el 15 de octubre, todos ellos de 2003. En la inscripción se hará constar simplemente el nombre y datos de contacto del autor y un resumen de un folio del trabajo a presentar.
- 6.º El jurado estará formado por el Comité Editorial de la Colección de Historia Empresarial, compuesto por: Enrique Badía, Alfonso Ballester, Albert Carreras, Marcelino Elosua, Carlos Espinosa de los Monteros, Jesús Huerta de Soto, Manuel Montero, Pedro Tedde y Gabriel Tortella. La decisión del jurado se comunicará a los presentados antes del 30 de noviembre de 2003.

Para cualquier aclaración se puede contactar en el teléfono 91 372 90 03 o en el correo info@lideditorial.com.

Diciembre 2002

HISTORIA AGRARIA

28

Estudios monográficos

La pesca en la España contemporánea

JESÚS GIRÁLDEZ RIVERO
Introducción

ERNESTO LÓPEZ LOSA
Una aproximación al sector pesquero tradicional vasco (c.1800-c.1880)

SEGUNDO RÍOS JIMÉNEZ
La industrialización de la pesca en la provincia de Huelva (1800-1930)

JOAQUÍN OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS
Cambio técnico e industrialización pesquera en Asturias (1880-1930)

JESÚS GIRÁLDEZ RIVERO
Armadores de Cádiz: competir y cooperar

**ANA ISABEL SINDE CANTORNA, M.ª TERESA FERNÁNDEZ VÁZQUEZ E
ISABEL DIÉGUEZ CASTRILLÓN**
El proceso de difusión tecnológica en la pesca de altura del norte de España

Estudios

IÑAKI MARTÍN VISO
La comunidad y el monasterio: el Señorío de Santa María en el Valle
de Valdeiglesias (siglos XII-XIV)

GRUPO DE INVESTIGACIÓN HISTORIA DE SALAMANCA (G.I.H.S.)
La naturaleza y el mercado: orientaciones para una explotación agraria
a finales del siglo XIX

Debates

Sobre el atraso de la agricultura española contemporánea

**ENRIQUE LLOPIS AGELÁN – JORDI PALAFOX
PERE PASCUAL y CARLES SUDRIÀ – JAMES SIMPSON**



Suscripciones:

SEMINARIO DE HISTORIA
AGRARIA (SEHA)
Secretaría del Seminario de Historia Agraria
Centre de Recerca d'Història Rural (ILCC)
Facultat de Lletres, Universitat de Girona
Plaça Ferrater Mora, 1 - 17071 Girona
Tel.: 972 416 945 - Fax: 972 416 230
e-mail: rosa.congost@udg.es

Intercambio:

Servicio de
Intercambio Científico
UNIVERSIDAD DE MURCIA
C/ Santo Cristo, 1
30001 MURCIA (ESPAÑA)

REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS

(Nueva Época)

Director: Pedro de Vega García, **Secretario:** Juan J. Solozábal Echavarría

Sumario del núm. 118 (octubre-diciembre 2002)

ESTUDIOS

- JOSÉ RAMÓN MONTERO y RICHARD GUNTHER, *Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica.*
- H. C. F. MANSILLA, *La mentalidad tradicional como obstáculo a la democratización en el caso boliviano. Factores históricos y culturales en los procesos de modernización.*
- KLAUS-JÜRGEN NAGEL, *El federalismo alemán. ¿Más cooperación o nueva asimetría?*
- FÉLIX JOSÉ BORNSTEIN SÁNCHEZ, *Rodríguez Compomanes. Los límites del reformismo ilustrado.*
- JOSEP BACQUÉS QUESADA, *La Ilustración escocesa: ¿un depósito de intuiciones para el neoconservadurismo?*

NOTAS

- JOSÉ ANTONIO RIVAS LEONE, *El desmantelamiento institucional de los partidos en Venezuela, 1900-2000.*
- GUILLAUME SAINTENY, *Estudio de las élites políticas en Francia.*
- JUAN MANUEL HERREROS LÓPEZ, *El régimen jurídico de la televisión: análisis del Derecho comparado.*
- JOSÉ SOLÍS, *Política catalana de Carlos de Austria: la Real Junta de Estado y la Junta de Medios de 1705.*
- FRANCISCO J. CONTRERAS, *Cinco tesis sobre el nacionalismo.*
- RAFAEL DURÁN MUÑOZ, *Los informativos televisivos y la campaña electoral vasca de 2001. La cobertura autonómica.*
- FLAVIA FREIDENBERG y FRANCISCO SÁNCHEZ LÓPEZ, *¿Cómo se elige un candidato a Presidente? Reglas y prácticas en los partidos políticos de América Latina.*

DOCUMENTACIÓN

- GEOFFREY K. ROBERTS, *Sistema de partidos y Parlamento en Gran Bretaña: 2001.*

RECENSIONES • NOTICIA DE LIBRO

PRECIOS AÑO 2002

NÚMERO SUELTO		SUSCRIPCIÓN ANUAL	
España	Extranjero	España	Extranjero
11,88 €	18,75 €	45,07 €	66,88 €

Suscripciones, venta directa y pedidos por correo de números sueltos:

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES

San Francisco de Sales, 6

28071 MADRID

Telf. (34) 91 441 27 00 - Fax (34) 91 441 00 86 - E-mail: distribrev@cepc.es

PATRONATO

Gabriel Tortella (Presidente)

Carmen Iglesias (Directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales)

Carlos Pascual (Director de Marcial Pons)

Ángel Luis López Roa (Director de la Fundación SEPI)

Felipe Ruiz Martín (Presidente Honorario de la Asociación de Historia Económica)

Revista de Historia Económica



9 778402 126109